

CAPÍTULO XIII

En el Modelo.

I

La irritación y la vergüenza, unidas á un desorden nervioso que casi la privaba de sensibilidad, tuvieron á Isidora toda aquella tarde y noche en un estado parecido al sonambulismo. Veía las cosas, las tocaba, preguntaba, y aun respondía como cediendo á una fuerza mecánica. No estaba segura de hallarse despierta, ni de que fuese realidad lo que le pasaba; iba y venía medio ciega, mareada, con algo en el cerebro, entre jaqueca y manía, sorprendiéndose de ver cómo brillaban instantáneos, sobre la densa lobreguez de su pena, algunos relámpagos de alegría. Rindióla el cansancio después de media noche; se acostó vestida, cerró los ojos tratando de adormecer el dolor de cabeza, y entonces revivió bajo su cráneo, entre la vibración de los nervios encefálicos, todo lo acaecido desde que el escribano se presentó en su casa para prenderla. Veíase en el coche de alquiler que les condujo á la calle de Quiñones, donde está el vulgar y triste edificio llamado *Modelo* con descarada impropiedad; el coche paraba junto á una puerta en la cual había un soldado de guardia, y más á la izquierda un grupo de pobres disputándose las sobras del rancho de las presas.

Isidora y el escribano entraban en un vestíbulo nada espacioso; salía á recibirles un em-

pleado con gorra galonada, traspasaban un cancel de cristales, y volviendo un poco á la derecha, encaraban con una puerta de pesados cerrojos, sobre la cual se leía en letras negras la palabra *Rastrillo*. Una mujer de edad madura abría la puerta, Isidora pasaba, subía por la gran escalera blanqueada, y al llegar á lo alto miraba al letrero de la *Sala primera*; y echando la vista por el hueco, veía un claustro grande y luminoso, en cuya capacidad sesteaba, tomando el sol, el más bullicioso y pintoresco ganado femenino que se pudiera imaginar. La idea sola de tener que vivir entre aquella gente había horrorizado á la de Rufete. Pero ella tenía fondos; ella pagaría una habitación decente, y viviría con ciertas comodidades y completo decoro los pocos días que, á su parecer, habría de permanecer en aquel tremendo asilo.

Una señora mayor, bondadosa y amable, la acompañaba, y precedíala una celadora, cabo femenino ó presidiaria distinguida, de aspecto gitanesco y hombruno. Hacia la izquierda estaba el aposento que á Isidora se destinaba, el cual tenía una ventana enrejada á la calle, un camastrón de hierro, mesa y dos sillas... La dejaban sola; poco después entraba la celadora, quien, con formas de adulación artera y llamándola *señorito*, ofreció servirla y acompañarla. Isidora la miraba con repulsión. Llegada la noche le servían una cena, que no quiso probar, y al fin, sola, encerrada, abrumada por la pena, el cansancio y la jaqueca, se recostó en la cama, donde su cerebro le reprodujo una, dos, tres veces ó más, la serie de impresiones y sucesos que hemos referido.

Por la mañana, despertáronla los gritos y de-

saforadas blasfemias de una mujer que moraba al otro lado del tabique de su cuarto, el graznido de un ave domesticada, el ruido de la calle, el bullicio de la próxima *Sala primera*, y el *tan tan* de la campana de Monserrat, iglesia del convento que hoy es prisión del bello sexo. Y si el alma humana en las situaciones de gran tribulación se ve siempre sacudida por ráfagas de inexplicable alegría, que más bien parecen protesta aislada de algún nervio rebelde contra el dolor, en Isidora había un motivo para que aquellas ráfagas de alegría fueran algo más duraderas y eficaces, porque la prisión, con ser tan odiosa, había venido á librarla de otra esclavitud atrozmente repulsiva.

«Casi me alegro de esto — decía —, porque si no estuviera aquí estaría ya muerta de horror y asco...»

Además, la prisión no podía durar, porque los jueces, ¡cosa evidente!, habían de convencerse pronto de la inocencia de la pobrecita demandante. Dios le había deparado sin duda aquel trance para probarla y darle de improviso, cuando más afligida estuviese, el alegrón de ganar el pleito y confundir á su implacable abuela. Pero donde la hallamos más en carácter es en aquel punto y hora en que echaba mano de su cualidad de idealizar las cosas para obtener los más dulces confortamientos. ¿No ennoblece el martirio á las criatura? Si los culpables, cuando son perseguidos, inspiran lástima, los inocentes que sufren tormento de la Justicia, ¡cuánto no se avaloran y subliman en el concepto de las almas sensibles! Era inocente, sufría persecuciones inauditas; luego tenía bastante motivo para erigirse en criatura celestial. Poco le

faltaba aquella mañana para figurarse que todo Madrid la compadecía, que era el ídolo de las multitudes, que se hacía interesantísima, que era un tipo novelesco, y aun que salían por aquí y por allá bravos caballeros dispuestos á hacer cualquier barrabasada por sacarla de aquel mal paso.

¡Pero qué feo, qué desmantelado el cuarto! ¡Qué cama, qué muebles, qué desnudas paredes! Era cosa de morir de abatimiento. Y no obstante, como ella, para hacer frente á un hecho, siempre tenía pronta una idea, amparóse de una bellísima, que le valió de mucho para consolar-se. ¿Con quién creerá el lector que se comparó? Con María Antonieta en la Conserjería. Era ni más ni menos que una reina injuriada por la canalla. Determinó, pues, imitar en todos sus actos y palabras, hasta donde la realidad lo permitiese, la dignidad de aquella infelicísima señora, con lo que se crecía á sus propios ojos, y se veía idealizada por el martirio, grande en la humildad, rica en la pobreza, y purificada en los padecimientos. El día lo pasó en estas cavilaciones, acordándose mucho del Delfín, de Joaquín Pez y de otras personas. Mandáronle ropas, y Juan Bou, á quien pidió un libro de entretenimiento, le envió *Los Girondinos*, de Lamartine, y un gran ramo de flores. Isidora leyó en el libro y deshojó las flores, dándose el gusto de pisotearlas. Le recordaban cosas muy desagradables la osadía y desparpajo de la canalla profanadora.

Empezó el sumario. Cuando bajaba á prestar declaración á la salita de rojo dosel, que está junto al despacho del alcaide, Isidora contestaba á las preguntas del juez con serenidad tran-

quila, con confianza en su derecho y al mismo tiempo con un aire de superioridad que cautivaba, preciso es decirlo, al mismo señor juez dignísimo y al escribano. En todo el trayecto desde su cuarto á la salita, lo mismo al subir que al bajar, la Rufete era gran incentivo á la curiosidad de las presas, que se agolpaban á la puerta de la Sala para verla pasar, y luego estaban comentándola tres ó cuatro horas. Quién aseguraba que era una duquesa perseguida por su marido; quién la tenía por una cualquiera de esas calles de Dios; y alguna, que la conocía verdaderamente, refería parte de su vida y milagros, añadiendo maliciosas invenciones. Y ella, á solas, sumergida en hondas perplejidades y tristezas, repetía en su mente las preguntas del juez, deploraba no haber dado tal ó cual contestación, revolvía lo cierto con lo dudoso, la acusación de la ley con los datos de su memoria, el testimonio de su conciencia con ciertas presunciones y sospechas, para tratar de sondear aquel antro obscuro que, desde la acusación por falsificadora, se había abierto ante sus ojos. Negaba con toda su alma, y al negar, su conciencia mostrábase en la plenitud de la verdad. Los documentos se le habían entregado tal y como estaban; y ella no había añadido ni quitado cosa alguna, ni tenía noticia de que nadie lo hubiera hecho. No era posible que su tío el Canónigo alterase los tales papeles, y en cuanto al primitivo poseedor de ellos, Tomás Rufete... Al llegar á este punto de su cavilación, Isidora fruncía el ceño y ahondaba, ahondaba en aquel mar inmenso de lo dudoso. ¿Pero á qué martirizar el pensamiento? Los jueces, la ley, la marquesa de Aransis, la curia infame y el señorío prepotente

eran los verdaderos autores de aquel embrollo, con el inicuo fin de desposeer á una huérfana noble, á un ángel desvalido. Pero Dios les castigaría, Dios volvería por los fueros de la verdad y de la inocencia. ¡Pues no faltaba más!

Durante el sumario, la incomunicación no fué tan rigurosa como la ley ordena, porque los cerrojos de nuestras cárceles se ablandan fácilmente. Isidora, como persona de aspecto decente y algo adinerada, se captó las simpatías de las compasivas mujeres que guardaban á sus compañeras. Así pudo tener el gusto de ver, aunque por cortos ratos, á *Riquín* y á D. José, á su tía *la Sanguijuelera* y á Miquis. El día mismo en que cesó la incomunicación fué éste á verla, y tuvo con su amiga largo y substancioso coloquio. El simpático doctor sintió viva emoción cuando vió aparecer detrás de las dobles rejas del locutorio aquella figura hermosa, aquel rostro pálido, con expresión de noble conformidad.

«Isidora, gran mujer — le dijo fingiendo burlas para ocultar emociones —. Estás guapa. Eres el soborno de la ley y la substancia corrosiva del Código penal. Como sigas así, la curia, en vez de tomarte declaraciones, te las hará, y vas á pisar una alfombra de togas y á subir por una escalera de birretes.

— Déjate de tonterías — replicó ella apoyando los codos en la reja interior y sosteniendo la cabeza entre las palmas de las manos, actitud de aburrimiento que tomaba siempre que estaba largo rato en el locutorio —. ¡Ay, Miquis, esto es morir!

— Con tu permiso, eso es vivir. ¿Pues qué creías tú?... La vida toda es cárcel, sólo que en

unas partes hay rejas y en otras no. Unos están entre hierros y otros entre las paredes azules del firmamento... Pero vamos á otra cosa, gran mujer. Hoy vengo á darte noticias que serán para ti alegres ó tristes, según como las tomes.

— Dímelas pronto.

— Mi suegro me ha hablado de ti, me ha hablado también de la marquesa.»

Isidora, sin decir nada, demostraba inmenso interés.

«La marquesa llegó ayer, de paso para Córdoba. La buena señora se pone nerviosa y triste siempre que le hablan de este pleito y de tu prisión.» «Muñoz y Nones—dijo la señora á mi suegro—, yo quiero que usted arregle esto. Tómelo usted por su cuenta, hable á esa desgraciada, demuéstrole lo inútil de su tenacidad, y ofrézcale en mi nombre lo que á usted le parezca, con tal que me deje en paz.»

— ¿Eso le dijo?...

— Sí; ya sabes que el documento falso, porque la existencia de la falsificación ya no ofrece duda, aparece otorgado por Andréu, compañero y amigo de mi suegro. ¿Sabes lo que mi suegro dice? Que la falsificación no está hecha por ti.»

Isidora callaba. Hasta que el diálogo tomó otro giro, estuvo como una estatua, fijos en Miquis los ojos.

«Oyes. ¿Sabes que te me estás pareciendo á la pantera del Retiro? ¿Por qué me miras así y no dices nada? Pues bien: mi suegro, que es el notario de la casa de Aransis, vendrá á hablarte; te anuncio esa grata visita. Te ofrecerá la libertad, la declaración de tu inocencia, y *aún* más, una gratificación, un socorro. Pobrecita, has sido

víctima de un grande y tremendo engaño. Broma más pesada no se ha dado ni se dará. Quién fué el autor de ella tú lo sabrás... Pero qué, ¿te has vuelto muda? ¿Eres de piedra? ¿Adónde miras? ¿Estás gozando de alguna visión? ¿Estás en éxtasis?»

El también se callaba y la miraba. Metió la mano por la reja exterior é hizo algunas castañetas con los dedos, como cuando se trata de llamar la atención á un animal perezoso. Ni por esas. Isidora no decía nada.

«Voy á hablarte de otra cosa — añadió Miquis—. Ayer he tenido una grata sorpresa. Iba por la calle de Preciados, cuando oí una voz que decía: «Señorito Miquis, señorito Miquis.» Volvíme y vi á tu tía, la sin par *Sanguijuelera*. «¿No sabe usted—me dijo— que hemos encontrado á la fiera perdida?...» — «¿A quién?» — «A *Pecado*.» Allá en su lengua especial me contó que le habían dado noticias de tu hermano otros muchachos. Ha vivido algún tiempo en un tejear detrás de la nueva Plaza de Toros. ¡Pobre chico! Fuimos allá, y dos mujeres que encontramos y que no se recomiendan por su fisonomía, nos dijeron que, habiendo caído enfermo con calenturas, le habían llevado al hospital.

— ¡Al hospital! — repitió Isidora saliendo de su letargo.

— Corrimos al momento al Hospital General, y le encontramos convaleciente. La enfermedad debe haber sido terrible, porque está poco menos que idiota, y tan desmejorado como puedes suponer. De su vida en el tejear y de sus correrías y altas hazañas, antes de caer enfermo, supimos algo que te contaremos cuando tengas más tranquilidad de espíritu... Y ahora voy

hablarte de una tercera cosa, de Juan Bou. Dice que le haces muchos desaires, que no contestas á sus cartas, que pisoteas los ramos que te regala... Dice que eres la ingratitud misma.

— Augusto — murmuró Isidora gravemente, apartándose de la reja —, es la hora de reglamento. Dispénsame que te despida. Estoy fatigada. Adiós. Vuelve mañana.»

Y se marchó como una reina, según dijo Miquis para sí, viéndola internarse en la cárcel. Y él se salió á la calle repitiendo: «¡Gran mujer, gran mujer!»

II

¡Falsificación! ¡Profanación de aquella santa escritura de la cual emanaba el más santo de los derechos! Si había delito, ¿quién era el autor de él? ¿El Canónigo ó Tomás Rufete? ¡Enorme, endiablada confusión!... Pero lo que puso remate á la duda y trastorno de la infeliz presa fué que su abogado le dijo un día estas palabras:

«Desde el tanto de culpa la cuestión ha variado por completo. La casa de Aransis y el Sr. Muñoz y Nones tratan de probar la falsedad de un documento, que es la base de nuestra demanda. Si lo prueban, nos quedamos en el aire, hija mía. El pleito toma un giro tal que difícilmente podremos obtener un resultado satisfactorio. Haremos los mayores esfuerzos, y llegaremos hasta donde se pueda llegar. En caso de que la falsificación resulte evidente, creo fácil probar que no ha sido usted la falsificadora, y que en este asunto ha procedido de buena fe. En resumen: seguridades de éxito en la causa criminal; seguridades de un fracaso en el pleito de

filiación. Ya sabe usted que en la prueba hemos estado muy flojos, por no conservar usted recuerdos de la niñez que nos favorecieran, y por resultar muy débiles los testimonios de otras personas.»

Y dicho esto, el abogado, frío, honrado y cruel, se despidió dando un suspiro, último tributo de la ley al volverse hostil.

«¡También, también me han corrompido á mi abogado! — exclamó Isidora cuando se quedó sola —. ¡Bien, seré mártir; que me maten de una vez, que acaben conmigo, que me lleven al caldoso!»

Pasada la crisis de ira, estuvo dos días sin salir del lecho; apenas hablaba; no tenía fuerzas para nada; sentíase también algo iliota como su hereno, convaleciente de intensa fiebre. A ratos injuriaba con dura frase á la justicia humana, exaltándose, para caer después prontamente en el desánimo y derramar abundantes lágrimas. Su sueño entonces era breve, erizado de pesadillas, como un camino incierto y tortuoso, lleno de obstáculos. Unas veces se le aparecía *Riquín*, ladeando con gracia la enorme cabeza bonita, fusil al hombro, marchando al paso de soldado. Y el pícaro Anticristo la miraba, echándose el fusilillo á la cara con infantil gracejo, y ¡zas!, disparaba un tiro que la dejaba muerta en el acto; acudían otros chicos, camaradas de *Riquín*, y entre risotadas y gritos la cogían y la arrastraban por las calles. Gran algazara y befa de la multitud, que decía: «¡La marquesa, la marquesa!»

Otras veces era gran señora, y estaba en su palacio, cuando de repente veía aparecer un esqueleto de niño, con la cabeza muy abultada, y

los huesos todos muy finos y limpios, cual si fueran de marfil. El esqueleto traía su fusilito al hombro y marchaba con paso militar. Llegándose á ella, movía la gran cabeza y se reía y hablaba. Però Isidora, sin poder entender sus palabras, temblaba de espanto al oirlas. Luego se borraba el niño del campo de los sueños, y aparecía Joaquín en mitad de una orgía, ebrio de felicidad y de Champagne. Por delante de la mesa se paseaba una sombra andrajosa: era ella, Isidora. Todos la miraban y prorrumpían en carcajadas. Ella se reía también; pero, ¡cosa rara!, se reía de hambre. La debilidad contraía sus músculos haciéndola reír..., y por aquí seguía de disparate en disparate hasta que despertaba y volvía al tormento de la realidad, no menos cruel que el de los sueños.

A los tres meses de aquella tristísima vida, á la cual llegó á acostumbrarse, porque es ley que nos acostumbremos á todo, sus guardianes le aplicaban con mucha laxitud el reglamento del Modelo, permitiéndole visitas largas, sin bajar al departamento de comunicación. La conducta de Isidora en la cárcel era irreprochable: no daba escándalos; trataba á las celadoras con urbanidad y miramientos; se había hecho querer de todas, y las presas que pudieron gozar de su intimidad, se hacían lenguas de su buen corazón, finura y agradable trato. No tenía poca parte en esto la generosidad de la procesada, y su prontitud obsequiosa en remunerar cuantos servicios se le hacían. Lo peor de esto era que el dinero, mermado velozmente de día en día, marchaba á su completa extinción y acabamiento. Siempre que en esto pensaba, Isidora sentía trasudores y congojas, y echaba una sonda á lo

futuro para ver si por alguna parte había señales de cosa metálica. Grande fuera su pena si no la distrajeran á ratos los amigos. Juan Bou iba ya pocas veces; porque la franqueza con que la ingrata demostraba su antipatía, era lento antídoto del veneno de la pasión de él, y así, ó por dignidad ó por enfriamiento, el buen hombre se retraía y apartaba de aquel gran peligro de su vida.

«Calavera de un día — decía para sí —, vuelve á tu choza y no pierdas la chaveta. Bastante has gozado; ya supiste lo que es la vida de esas infames sanguijuelas... Vamos, que si no meten á esa divinidad en la cárcel, ¡pobre Juan Bou, infeliz obrero!... Sigamos, ahora siendo pueblo llano, independiente, liberal, y cuando caiga otra breva, veremos si conviene ser pueblo ó echar una cana al aire en el mundo de los burgueses. ¡Valientes pillos! Pero aquello es vivir...»

La Sanguijuelera iba casi todos los días á ver á su sobrina. Cuando le llevó á Mariano, Isidora se afligió grandemente, porque estaba tan flaco, extenuado y consumido el chico, que apenas se le conocía. La fiebre le había dejado en los purros huesos, y la piel se le transparentaba. En sus modales, en su manera de hablar, en su espíritu mismo, había dejado el mal huellas quizás más profundas, porque hablaba poco, contestaba tardíamente, cual si necesitara mucho tiempo para recoger y coordinar sus ideas desparramadas y fugitivas. Miraba á su hermana con espantados ojos.

«Ya ves — dijo Isidora sin saber qué términos emplear para dar una explicación de su estado miserable —. Ya ves adónde me han traído las picardías, las infamias de nuestros enemi-

gos... Para que vayas formando idea de lo que es este mundo miserable, donde no hay justicia, ni ley... Y tú, ¿qué has hecho? Cuéntame. ¡Has estado malo! ¿Ves? Si no hubieras salido de casa de la tía, ella te habría cuidado bien. ¡Qué tremenda lección!»

Mariano no decía nada, y con la barba hundida en el pecho, tan pronto miraba al suelo como al rostro de su hermana.

«¿No me dices nada? — preguntó ella impaciente —. ¿Te has vuelto mudo? Esa cara, ese mirar, ¿qué son?, ¿arrepentimiento ó señal de mayor barbarie? ¡Ah! Mariano, Mariano; el único consuelo que podría tener yo ahora es verte corregido, verte caballero y persona decente. Levanta esa cabeza, abre esa boca, mueve esa lengua, habla, contéstame...»

Y dándole un golpe en la barba, le hizo alzar la cabeza.

«Su señoría gasta ahora pocas palabras — dijo Encarnación —. Le hemos de poner dentro de un cántaro en un cuarto obscuro, como á las maricas, para enseñarle á hablar... ¿Quieres ver tú qué pronto se despabila el pájaro? Pues enseñale el cañamón. Verás...»

Metiendo la mano en su bolsillo, sacó una peseta y la mostró al muchacho, cuyos ojos soñolientos se reanimaron de súbito, y alzó la mano hacia la moneda, diciendo con un gruñido:

«Pa mí.

— Sí, para ti estaba — dijo riendo la *Sanguijuelera*, guardándose la moneda con más viveza que un prestigitador.

Mariano miró á su hermana, la cual, compadecida, echó mano á la faltriquera, y sacando dos pesetas dióselas al chico.

«Para ti..., pero con condición de que has de contarme lo que has hecho en todo este tiempo, cómo caíste enfermo, cómo has vivido, quién te ha dado de comer...»

Con gran prontitud se guardó *Pecado* su dinero, y alzando los hombros y echando de sí un enorme suspiro, pronunció torpemente estas palabras:

«Yo... de aquellas cosas que pasan..., lo cual que me vi solo, y... no me ha pasado nada.

— Nos hemos enterado.

— Tiene seco el entendimiento — indicó la *Sanguijuelera* —. La calentura le abrasó los sesos. Dice el señorito Miquis que le dé baños en el río. Oye tú — añadió alzando la voz, como cuando se habla con un sordo —: ¿quieres trabajar, quieres volver al taller del Sr. Bou?»

Como si nada oyera, Mariano se levantó des-perezándose, y dijo:

«Me voy.

— Alto ahí, amiguito — replicó Encarnación siguiéndole —. Has de arrastrar una calza como los pollos. No saldrás sin mi compañía.»

Pero Mariano no le hacía caso y salió. La vieja fué detrás de él, gritando:

«Aguarda, aguarda, mala sangre. No creas que te me escapas. Yo también tengo buenos remos.»

Al quedarse sola, Isidora estuvo largo tiempo pensando en su infeliz hermano, y decía:

«¡Imbécil, imbécil!... Así no sentirá nada... Y yo cada vez con más talento para pensar, para comparar... ¡Qué desgraciada soy, y él qué feliz!»

III

Trés días después volvió Mariano solo. Parecía más ágil, más despabilado, más dueño de su pensamiento y de su palabra.

«¿Vienes solo? — le preguntó Isidora, asombrada de que no le acompañara su tía.

— Solito.

— ¿Y tu tía Encarnación?

— ¿La vieja? En su casa. Yo soy hombre... De consiguiente, no necesito que me lleven y me traigan.

— ¿Has ido al trabajo?

— Sí.

— ¡Mentiroso!...

— Mira — dijo *Pecudo* abriendo su mano y mostrando algunas pesetas.

— ¿Quién te ha dado eso?

— *Gaitica*.

— ¿Gai...?

— Tica, tica. ¿No le conoces? Es un caballero, un amigo mío.

— ¿Y por qué te ha dado ese dinero?

— Porque me lo gané.

— ¿Cómo?»

Mariano guardó las monedas para dejar embarazada la mano, metió ésta luego por una abertura de su pantalón y...

«¿Aquí no nos ve nadie?... — preguntó receloso mirando á las paredes y á la puerta.

— Nadie.

— Porque si me guipan...»

Y sacó del bolsillo un objeto cilíndrico, largo, como de media tercia, de dos pulgadas de diá-

metro. Era un canuto fuertemente liado con bramante.

«¿Qué es eso?

— Un petardo.

— ¡Ah!, ¿eso que estalla? — exclamó Isidora con espanto —. ¡Y va á estallar aquí!

— Burra... no estalla mientras no se le enciende la mecha. Este es para esta noche. Anoche puse uno en la puerta de la casa del duque, y cuando reventó cayeron todos los cristales de dos casas.

— ¿Y te ocupas en eso? ¡Bárbaro!... No lo digo porque me importe nada que el palacio del duque salte en cuatrocientos mil pedazos. Yo pondría, si pudiera, un petardo tan grande, que levantara hasta el cielo todos los palacios de esa gente egoísta que nos quita lo nuestro.

— Lo pondremos — replicó Mariano, haciendo de la malignidad y de la estupidez una sola expresión.

— Pero eso es juego de chicos... Es como armar guerra con cohetes en vez de hacerla con cañones. ¿Qué resulta? Que suena mucho, que se asustan los que pasan, que se rompen dos cristales, que se caen algunas personas, y nada más. ¡Simplezas y pamplinas!

— Pondremos uno de este tamaño — dijo *Pecudo*, expresando con la distancia de una mano á otra la grandeza de sus planes de petardista —. Hay en Madrid mucho pillo. Ellos guardan todo el dinero que debía ser para nosotros, ¿eh?

— Lo de menos es que guarden el dinero. Lo peor es que nos quitan nuestro nombre, nuestra representación social; nos meten en calabozos inmundos, nos martirizan, y entretanto ellos gozan y se divierten con lo que roban. El mun-

do está perdido. Si no sale alguien que le vuelva del revés y ponga lo de arriba abajo y lo de abajo arriba...

— Lo de abajo arriba y lo de arriba abajo — repitió Mariano con el gozo de quien ha encontrado la fórmula de un pensamiento que no ha sabido expresar —. ¿Sabes?... ¡Cosas que pasan! Ayer he visto al señorito Melchor en coche de dos caballos. Iba con dos señoras, dos tías, ¿eh?, y un caballero. Parecía un marqués.

— No le nombres delante de mí — dijo Isidora cerrando los ojos.

— ¡Cuánto ha robado! — exclamó el muchacho con cierta efusión —. ¡Y nosotros tan pobres..., porque somos buenos, porque no robamos!

— ¡Oh! — exclamó Isidora sintiendo un nudo en la garganta —. Dios nos protegerá. Las persecuciones, los martirios, son nuestras coronas por ahora...; pero esto ha de cambiar. ¿Quién sabe lo que pasará el mejor día? Yo he leído que los soberbios serán humillados y los humildes ensalzados.»

Interpretación tan singular del texto evangélico cayó en el cerebro de Mariano como semilla en tierra fecunda, y bien pronto nacieron y fructificaron en él las ideas más extrañas.

«Ellos nos han quitado lo que es nuestro, ¿verdad, hermana?»

Isidora rompió á llorar.

«Sí, sí, sí — dijo entre lágrimas y sollozos —. Picardía tras picardía, nos han quitado nuestro derecho, es decir, nos lo han negado... ¿Cómo? Inventando mentiras, comprando la ley. La ley se vende, hijo. Tú y yo tenemos derecho á una casa y á una herencia. Pues bien: nos la han

quitado. Mira lo que han hecho conmigo; meterme en una cárcel. Pues contigo harán lo mismo, y nos ahorcarán, si pueden.»

Oía Mariano absorto, y ella sacaba de su despecho admirables rasgos de elocuencia.

«Un marquesado, una fortuna de millones es lo que nos pertenecía. Pues ya ves: cárcel, infamia, pobreza. Tú y yo seremos mendigos ó Dios sabe qué. ¡Y Dios permite esto, y el cielo no se hunde, y todo sigue lo mismo! Y clamamos y gritamos sin que nadie nos oiga. Al contrario, á nuestros clamores responden con sus carcajadas, y nos llaman pordioseros, envidiosos, y nos desprecian, nos injurian. De nada nos vale invocar la ley. La ley es suya, porque teniendo ellos el dinero, tienen la conciencia de los jueces... Que me den á mí el dinero, aunque sólo sea por ocho días, y verán lo que soy. Pero estamos sin armas, y ya ves, nos abrasan, nos matan. ¿Qué es la ley? Una engañifa, una farsa. Los que la representan, ¿qué son sino ladrones? La autoridad..., ¡ah!, ¡qué gracia me hace á mí la autoridad! Es la comedia de las comedias, mal representada para engañarnos, para explotarnos.

— Les pondremos un petardo, ¿eh?

— ¿Uno? ¡Cuatro mil; un millón!... Tú eres un infeliz, chico, y no sabes lo mala que es esa gente.»

Siguieron hablando de esto, y al día siguiente hablaron de lo mismo, porque Isidora, cuando tomaba en su boca este asunto, no lo soltaba fácilmente. A medida que sus ilusiones decaían, determinábase en su alma un cambio de sentimientos; simpatizaba más con el pueblo, á quien creía oprimido, y le entraba un vivo aborrecimiento de la gente grande. Lo más extraño era

que, sin ceder en su vanidad ni en lo que pudiéramos llamar coquetería de la desgracia, seguía encariñada con el bonito papel de María Antonieta en la Conserjería. Pero en aquel caso la buena reina estaba martirizada por la cruel y egoísta aristocracia, de donde venía que simpatizase en principio con el vulgo, con el populacho, con los descamisados; y decimos en principio, porque ninguna idea del mundo, unida á todo el despecho de su corazón, le hubiera hecho tolerar la grosería y suciedad de las personas bajas. Pensando en esto, ella daba vida en su mente á una gallarda utopía, es decir, á la existencia posible de un populacho fino ó de una plebe elegante y bien vestida. Pero esto, ¿no era una atrevida excursión al porvenir? Algo de genial había en ella, porque confundida y mareada de tanto pensar, solía poner fin á sus cavilaciones sobre la plebe fina, diciendo: «¡Qué talento tengo y qué cosas me ocurren!»

CAPÍTULO XIV

De aquellas cosas que pasan...

I

Desde que Mariano empezó á entonarse, su tía Encarnación no podía hacer carrera de él. Halagos y amenazas, blanduras y rigores, eran igualmente ineficaces contra él. Más le habría gustado á la buena mujer verle travieso, enredador é indomable como en su niñez, que observar aquella indolencia taciturna, aquella tétrica quietud, semejante al acecho de las bestias carnívoras, en las cuales la paciencia es precursora de la ferocidad.

«¿En qué piensas, animal? — le decía brusca-mente—. ¿Vas á inventar la pólvora ó qué? Eres un talego. ¿Por qué te estás dos horas mirando al suelo? Mira siquiera al cielo estrellado, y aprende para zaragozano, ¡puñales! ¿Vas á hacer el Almanaque del empedrado? ¡Qué poste! Tu hermana, de tanto mirar arriba, se ha perdido. Tú llevas otro camino, pero llegarás al mismo fin. ¿Por qué no trabajas?»

— Por que no me da la gana..., *hala...* — respondía Mariano saliendo de su somnolencia intelectual por la virtud de un pellizco.

— Pues ve á que te mantenga el obispo.

— No necesito que usted me mantenga. Tengo de acá.

— ¡Anda, anda, chaval desorejado!... ¡Y con qué tipos te ajuntarás tú para allegar eso! ¿Qué

diabluras haces? ¿En qué te ocupas por las noches? ¿Qué llevas aquí debajo de la blusa?

— El copón.

— ¡Jo...sús! ¡Qué blasfemias dices! Mira, mira, tú y yo haremos malas migas. Si sigues así, desocupa, hijo, desocupa y deja la casa. El día en que te den garrote iré á verte.

— ¡Aur!... — murmuró *Picado* con gutural sonido.

Y se marchó despacio, las manos en los bolsillos, la gorra encasquetada, la mirada vagabunda y sin fijeza, como su andar y pensamiento. Algunos días, dando á su tétrico paseo una dirección determinada, ibase á casa de Juan Bou, no á pedir trabajo, sino á charlar un poco con el maestro, por quien conservaba ligera inclinación, parecida al afecto. Llegó al taller un día (enero del 77) y encontró al buen catalán festivo y engolfado en el trabajo, como en sus buenos tiempos.

«¿Hola, tagarote, qué buscas por aquí? — le dijo, tocado de aquella verbosidad que fuera interminable si no le entrecortara la tos —. Siéntate. Pues todavía mejoras poco. Hombre, á ver si echas de una vez ese pelo. Tienes la cabeza como la de un ratón acabado de nacer... Te digo que te sientes y que te pongas la gorra. Aquí no se gastan cumplidos. Conque cuéntame: ¿trabajas ó no?»

Mariano quiso contestar que no trabajaría más á jornal; pero Bou tenía tantas ganas de decir algo, que le cortó la palabra con la suya inagotable, diciéndole así:

«Aprovecho esta ocasión para decirte que tu hermana es una loca, una mal agradecida, una mujer ligera, una tonta, una disipadora, una

cabeza destornillada. Yo la quise como yo sé querer, y me hubiera casado con ella. ¡*Voto va Deu*, de buena me he librado! Porque tu hermana es una calamidad. Ahí la tienes en la cárcel por terca, porque se ha empeñado en que es marquesa. Tan marquesa es ella como yo subdiácono. En fin, ella lo quiere, con su pan se lo coma. Bien se ha comido el mío; y no creas lo que dicen por ahí, no; no es cierto que yo me gastara con ella lo que me saqué á la lotería y la herencia de mi tío. En total, no me pellizó arriba de dos mil duros, porque como la Justicia me la quitó de entre las manos cuando menos lo pensaba... Digan lo que quieran, chico hay Providencia. Mi dinero se salvó en un papel, el auto de prisión; porque trapitos por aquí, trapitos por allá, el caprichito *A*. la chuchería *B*, ello es que se me evaporaron diez ó doce mil reales en una mañana. Tu hermana es una liquidadora como no se ha visto. En su corazón, lleno de apetitos, está escrito con letras de oro «¡abajo los ricos!» Buena pieza, sí. Es un tigre para el bolsillo ajeno. Quien ve aquella cara, ¿cómo ha de sospechar lo que hay dentro? Quien ve aquellos ojos divinos, donde tienen su madriguera los ángeles, ¿cómo ha de pensar que estos ángeles son un cuadrilla de secuestradores!... Yo estaba ciego, yo estaba tonto. Cuando me mandó la primera carta con su padrino, pidiéndome socorros, me pareció que se me abrían las puertas del cielo. Esta es la mía, dije, y con dos ó tres cartas, yo proponiendo, ella aceptando, nos arreglamos. La puse en una fonda mientras arreglábamos una casita; yo estaba embobado; quería probar las delicias del mundo, cuando la Justicia..., ya sabes... Este animal de Bou se quedó

con la copa en los labios... Ahora me alegro. Con los pocos tragos que gusté, tengo lo bastante para poder decir: conozco el mundo, señores, conozco sus delicias mentirosas, sus dulzuras y sus quebrantos; sé lo que cuestan los goces. Desde la sobriedad del pobre á la disipación inmoral de los ricos, todo lo conozco, todo es canalla, canalla arriba, canalla abajo. ¿Se hace el bien?, pues nadie lo agradece. ¿Se hace el mal?, pues nadie lo censura. Mal y bien todo es igual. Si amas te desprecian; si eres rico te adulan; si eres pobre te escupen. O si no, observa lo que ha hecho tu hermana conmigo. La saqué de la miseria, la vestí, la calcé, la di regalo, comodidades, cuanto pudiera apetecer. Ella abría la boca y yo abría el bolsillo, y *palante* siempre. Pues mira el pago. Dice que yo soy un bruto, que le repugno, que le doy asco. Le mando un ramo de flores y lo pisotea. Le escribo cartas y no me contesta. Voy á verla y me recibe con un gesto... En fin, la he mandado á paseo. Te digo estas cosas para que se lo cuentes á ella. Anda, anda, dile todo; no me importa. Veremos lo que hace cuando se le acabe el dinero y no tenga con qué pagar el cuarto en la cárcel. La pondrán en aquellas grandiosas salas, donde podrá pasearse y comer y dormir con aquellas lindas duquesas y baronesas que están allá por hurtos, lesiones y otras gracias. Bien merecido. Ella no te preguntará por mí. Si te pregunta, le dices que el señor *Ipecacuana* (así me llama) está contento de haberla perdido de vista, que ha hecho las paces con su bolsillo y con el sentido común, y que le va tan lindamente. Dile que trabaje como antes; que buscaré una mujer de bien con quien casarme; que, como hijo del

pueblo, me río de su aristocracia estúpida, y que me alegraría de que todos los aristócratas y chupadores juntos no tuvieran más que un solo pescuezo para ahorcarlos á todos de una vez».

Más hubiera dicho, pero la tos, que por lo homérica tenía cierta semejanza con la risa de los dioses, le invadió de súbito y allí fué Troya. Concluido el acceso, el ojo rotatorio derramó abundante lloro, mientras el otro, más cerrado que arca de avaro, no daba señales de existencia.

«Y ahora — continuó Bou, gozoso del mutismo de Mariano —, si quieres que te dé consejos, te los daré. Porque tú tan callado, tú tan sombrío, no vienes á que te dé trabajo, ni dinero, sino un buen consejo, que valga millones. Oye bien. Si quieres trabajar, trabaja; si no quieres trabajar, no trabajes. En este mundo, el que más trabaja tiene probabilidades de morir de hambre, si no viene en su ayuda la lotería ó alguna herencia. Tú eres listo; busca un negocio atrevido, emprende algo, especula con la candidez de los demás. Yo he visto mucho mundo, y sé que los más pillos son los que tienen más dinero. Cuando tú lo tengas, gástalo, que hay tontos que al verte tirar tu dinero te darán el suyo; así es el mundo. Haz cosas atrevidas, date á conocer, aunque sea con un gran escándalo; procura que tu nombre suene, aunque sea para decir: «¡Qué bárbaro es!» Aquí hay dos papeles, el de víctima ó el de verdugo. ¿Cuál vale más? El de verdugo. Chupar y chupar todo lo que se pueda. El pueblo está sacrificado. Los grandes se comen todo lo que hay en la nación. No hay más que dos caminos: ó acabar de una vez con

todos los grandes, lo cual no es fácil, ó meterse entre ellos y aprender sus marrullerías y latrocinios. Escoge, toma tus medidas y echa á andar *palantito*.

—Yo — dijo Mariano con súbita animación — quiero que se hable de mí.

— ¡Que hablen de ti!..., pues mete ruido.

— Lo que es ruido..., ya lo meto — replicó Mariano.

— ¿Cómo? ¿Con un cencerro?

— Con esto — dijo Mariano mostrando un canuto.

— ¡Ah! ¡Tunante!... — exclamó Bou muy asombrado de ver el instrumento músico que el chico mostraba —. Conque tú te ocupas... Pues mira: desde hoy perdemos las amistades, porque con esa clase de armas no se defiende al pueblo. ¡Pe-tardos, arma traidora de los perdidos, truhanes, jugadores y demás escoria! Oye tú, mírame á la cara. ¿Me ves bien? Pues este que aquí ves, este nieto de mi abuela, cuando quiere significar su desprecio al Poder público; cuando quiere dar una bofetada á cualquiera que represente la autoridad usurpada y la ley tiránica, lo hace cara á cara, á pecho descubierto, poniéndose entre el peligro y la inmortalidad, entre el verdugo y la gloria. ¡Pero disparar cohetes en la sombra, asustar á las mujeres y desesperar á los de Orden público!... Reflexiona, hijo mío — añadió después de una pausa, con el tonillo de propaganda evangélica que sabía adoptar en ciertos casos —; reflexiona en que si quieres educar tus virtudes cívicas, y llegar al grado de estimación pública á que hemos llegado los que estamos llenos de heridas, los que hemos ido de calabozo en calabozo, los que hemos comido ratas...»

Dios sabe adónde habría llegado por este brillante camino, si Mariano no se hubiese levantado, anheloso de marcharse. En el singular estado fisiológico en que se encontraba, su lúgubre atonía se interrumpió bruscamente por impacencias inexplicables. Con un poquillo de ironía dió las gracias al maestro por sus consejos, y se fué á escape, como alma que lleva el diablo.

«Este chico tiene algo» — dijo Bou para sí.

Olvidándose luego del muchacho, siguió pausadamente los pasos contados de su metódica vida; paseó un poco por la tarde, comió después, fué al café, regresó á su casa, y cuando se estaba acostando, ¡ay Dios!, oyóse un estrépito tal, que no parecía sino que reventaba una mina junto á la casa y que ésta se venía abajo de golpe. El estremecimiento y el ruido dejaron á Bou parado y sin aliento, los vidrios estallaron en pedazos mil, la puerta de la casa saltó del quicio, y el vecindario, alarmadísimo, salía gritando á la calle con pánico horrible...

«¡Ah, pillete, aristócrata! — dijo Bou serenándose al comprender lo que era —. ¡Si te cojo!...»

II

Y algunos días después de esto, Mariano estaba en la encrucijada que llaman las Cuatro Calles, mirando indeciso las vías que allí concurren, sin saber cuál escoger para entrar por ella. Oigámosle:

«¿Iré á casa de mi tía? No, que llama á los de Orden público y me cogen. ¿Iré á ver á mi hermana? No, que estará allí *Gaitica*. ¿Adónde iré?...

Dejémonos ir. Por aquí, por la Carrera abajo, veré la gente que va á paseo, veré los coches, subiré al Retiro, y me estaré allí toda la tarde... Hace buen tiempo, tengo dos duros y no se me da cuidado de nada... Ya empieza á pasar la pillería. Allá va un coche..., y otro y otro. Toma, aquel es de ministro. *Chupa-gente*, ¿sabe el coche? *Oigasté*, ¿y si le dijeran: «Suelte lo que no es suyo?...» Ahí va otro. ¡Cuánto habrá robado ese hombre para llevar cocheros con tanto galón!... Anda, anda, y allí va un cochero montado en el caballo de la derecha, con su gorrete azul y charreteras... ¡Eh!, y en el coche van dos señoras... ¡Vaya unas tías, y cómo se revuelcan en los cojines! *Oigan ustés*, ¿de dónde han sacado tanto encaje? Y qué abrigaditas con sus pieles... Pues yo tuve anoche mucho frío, y ando con los zapatos rotos. Paren, paren el coche, que voy á subir un ratito. Estoy cansado. ¡Valientes tías!... Subiré por el Dos de Mayo. Por aquí va mucha gente á pie.

»Este Retiro es bonito; sólo que..., de aquellas cosas que pasan, habiendo tantos que tienen frío, el pueblo debía venir aquí á cortar leña... Entro por este paseo de los muñecos de piedra con las manos y las narices rotas. ¡Qué feos son!... Hola, hola, ¿niñitos con guantes? ¡Y cuántos perifollos gasta esta familia! Con lo que lleva encima la criada había para vestir á cuatro mil pobres... El papá debe haber robado mucho. Está gordo como un lechón... De consiguiente, que lo abran en canal... Tomemos por aquí á la derecha para ir á la Casa de Fieras... Pero no entraré; estoy cansado de verlas. ¡Puño, cuánto coche! Allá van D. Melchor acompañando á dos niñas. Sí, para ti estaban, bruto. Son las

niñas de Pez. Y el Sr. Pez va también con la gran tripa llena de billetes de Banco, que ha tragado... Más coches, más coches, más. Bien dice el maestro que lo bueno sería que toda esta gente no tuviera más que un solo pescuezo para ahorcarla toda de una vez... De consiguiente, todos viviríamos al pelo... Pero ¿qué es aquello que viene allí? ¡Ah!, ya sé. Primero un batidor á caballo. Después el gran coche con seis caballos... Puño, y toda esa gente de galones, ¿para qué sirve? Miale, miale, cómo saluda á todo el mundo, sombrero en mano; y ella también saluda, moviendo la cabeza. Descuidar, que alguno habrá que vos arregle. Yo lo que digo es que muerto el perro se acabó la rabia, y que muerta la cabeza, manos y pies se mueren... Miales, miales; dan vuelta para que les vean mejor. Ahora vuelven para acá; ya vos hemos visto bien.

»¡Valientes perdularios! Si hubiera un hombre de corazón, ¿adónde iríais á parar todos? Todos os pasaríais al partido de los pobres. ¡Vivan los pobres! digo yo, y caiga el que caiga. ¡Abajo los ladrones!... Puño, vienen más coches, todos con tías brujas ó con mozas guapas muy tiesas. Ya, ya; ¿sombrellita para que el sol no les quemé las caras? Pues yo, tías brujas, ando al sol y al aire, con los zapatos rotos, y la blusa rota, muerto de frío; conque... ¡Eh!..., ¿quién es aquel que va á caballo? ¿No es *Gaitica*? El mismo, un chulo vestido de persona decente. Y saluda á dos que van en un coche. Todo porque estos días ha ganado al juego muchos miles. Ladrón, ruletero, chulapo, ordinario, canalla. Apuesto á que pasa por junto á mí y no me saluda; ¿apostamos? Aquí viene; me acercaré para que me

vea. Le hablaré en flamenco. «Buenas tardes, zeñó Zurupa.»

Esto decía Mariano acercándose á un jinete que avanzaba por la orilla del paseo, montado en un caballo español puro, de cuello corvo y movimientos tan gallardos como pesados. El jinete vio al chico, y entre bromas y veras, sacudió el siniestro brazo, y con el látigo, quizás sin pensarlo, le cruzó la cara, diciéndole: «*Granujía...*»

III

En una casa, que por su desordenado aspecto, la suciedad de sus muebles y la catadura ordinaria de sus habitaciones, parecía ser la misma en que Joaquín é Isidora pasaron las tristes horas que en otra parte de esta historia quedan contadas, halláronse juntos otro día Mariano y el caballero (llámese así porque iba á caballo) designado con el nombre de *Gaitica*. Entró Mariano en el cuarto en que el tal estaba y sin saludarle le dijo:

«Vengo á por aquello.

— ¡Ah!, qué listo andas. Agredece que lo hay; toma, roío niño.»

Sacó tres duros del bolsillo y sin mirarle se los arrojó sobre la mesa.

«El otro día — dijo Mariano con timidez entre recelosa y salvaje — me dió usted un latigazo.

— Niño, fué sin querer. Pues que, ¿á un roío caballero como tú se le dan latigazos?... ¡Taco, y qué orgullo vas echando!... ¡Roer! Átame esa mosca. Por ahora no necesito de ti. Si algún día necesitas una roía peseta, vente acá. Si algún

día no tienes que comer, no faltará acá un roío pedazo de pan que darte. Comerás las sobras de la mesa. Eres un roío gandul, un roío holgazán, un roío bergante, y acabarás en presidio.

— Como usted — dijo Mariano con descaro.

— ¡Roer!, no te me subas á las barbas, porque de un roío puntapié vas á parar á Flandes. Yo soy una persona decente. Los holgazanes y gaudules me cargan, ¡taco! Porque la necesidad le obligue á uno á poner la ruleta, no quiere decir que no sea persona decente. Ahora soy hombre formal, y voy á comprar mulas para venderlas á la Artillería; hombre de negocios, hombre que se puede poner delante del rey, sí, señor, porque es un hombre que paga la contribución, un hombre de orden, de ley, que no gusta de oír hablar del roío pueblo ni de la roía revolución; un hombre, en fin, más honrado que Dios, más caritativo que la roía Biblia.»

Mariano le oía espantado y con despecho. ¡También *Gaitica*, aquel ser de la última gradación moral, aquel hombre á quien *Pecado* consideraba como inferior, se sublimaba por la virtud de su pequeño capital, adquirido en infames juegos de azar, y quería revestirse de la dignidad del burgués pacífico, del propietario conservador, y clasificarse entre los ciudadanos probos, que son base y sustento del orden social! Era lo último que á Mariano le quedaba que ver.

«Sí — prosiguió aquel individuo, cuyo retrato no haremos porque una mano más hábil lo hará después —, soy hombre caritativo. Sabes que he visto á tu hermana, y que la he amparado. La he conocido estos días, cuando he ido al Modelo á ver á una prima que está allí por unas roías lesiones... Tu hermana es muy guapa. La

he amparado; la vi muy afligida porque se la había acabado el dinero y tenía que pasar á la sala común. ¡Roer!, ¡un hombre como yo ver esas cosas!... Al momento arreglé con el alcaide el pago del cuarto. Yo soy un hombre generoso, un caballero que sabe gastar las roías pesetas en beneficio del pobre y necesitado... Tu hermana es muy buena y muy señora. Voy á visitarla todos los días y á ofrecerle mis servicios. ¡Oh!, no es como tú, que eres de lo que llaman un parásito, la polilla del orden social, un vago. Tú y tus compañeros debéis ser exterminados, porque la roía sociedad..., en fin, yo me entiendo. Márchate. ¡Roer!, ¿qué haces ahí como una estatua? Tú no tienes inteligencia, no comprendes lo que yo hablo... Abur.»

En el cerebro de Mariano se repercutían, como vibraciones de una campana, aquellos execrables conceptos, que son fiel copia de los textos auténticos del célebre *Gaitica*. Conocido de todo Madrid, este tipo ha venido á nuestra narración por la propia fuerza de su realidad. El narrador no ha hecho más que limpiar todo lo posible su lenguaje al transcribirlo, barriendo con la pluma tanta grosería y bestialidad, para no dejar sino la escoria absolutamente precisa.

Cuando Mariano se retiró aquella noche á su miserable alojamiento, después de vagar toda la tarde y parte de la noche por las calles sin tomar alimento, sufrió un ataque epiléptico. Parecía que se desbarataba en horribles convulsiones, y se mordió las manos y se golpeó todo, quedándose maltrecho. Por fin le pasó, Dios sabe cómo, y al volver en sí encontróse con una gran novedad en su cerebro: tenía una idea; pero una idea grande, clara, categórica, sinceramente

adherida á su inteligencia. No durmió en toda la noche, no comió nada á la mañana siguiente. Tenía momentos de gran temblor y confusión, y otros en que una actividad febril obligábale á correr por las calles, sin ver á nadie, sin fijarse en nada más que en los coches que iban y venían.

Tomaba un bocado en cualquier taberna, y paseaba, paseaba. Pasear era su vida y el pasto de su idea. Rompió toda clase de relaciones, dejó de ver á su hermana, á su tía, á Bou, á *Gaitica*, y con quien únicamente cambiaba alguna palabra era con Modesto Rico, que vivía con él y estaba casi siempre embriagado. Las noches siguientes las pasó también sin dormir. Un mal-estar inexplicable que á veces tomaba formas como de entusiasmo, á veces como de abatimiento letal, actuaba sin cesar dentro de él, absorbiendo todas sus fuerzas y pensamientos. Repitióle el ataque epiléptico, y cuando le pasó, disparataba cual si hubiera perdido la razón. Durmió luego profundamente; levantóse alegre, salió, y dirigiéndose al Rastro detúvose en un puesto á comprar algo. Regateó con discreción y tacto, y de vuelta en su casa con el objeto que había comprado, lo escondió, lo agazapó debajo del colchón, diciendo estas palabras:

«Estáte quieta ahí, quieta.»